

El Silencio Habita en tu Ventana

Proyecto de grado para obtener título como maestra en
Artes Visuales con énfasis en expresión audiovisual

Presentado por:
Cecilia Traslaviña

Asesor:
Ricardo Benjamín Toledo

Pontificia Universidad Javeriana
Carrera de Artes Visuales
Bogotá D.C.
Noviembre del 2010

Asesor:

Ricardo Toledo

Anotaciones

Anotaciones



El silencio habita en tu ventana

Índice

I -Presentación	8
II -Si dibujara un paisaje	10
III -Aquello que no tiene forma de ser nombrado	19
El acontecimiento y sus consecuencias. Las capas del silencio	
IV -El otro que se refleja	30
El reflejo como eco del silencio	
V -Las imágenes revelan el secreto, pero no lo traicionan	34
Las imágenes emergen. Escrutar el significado de las imágenes animadas	
VI -Las márgenes del silencio	43
Temor a las profundidades por el riesgo de volver a la superficie y hacer conciencia de qué tan profundo se estuvo.	
VII -Bibliografía - Filmografía	46

I. Presentación

Quiero presentar este texto como un lugar de reflexiones sobre cómo se fue desarrollando y encontrando su forma mi trabajo de animación *El Silencio Habita en tu Ventana*.

Es fruto de mi trayectoria como estudiante de pregrado en la carrera de Artes Visuales, en la misma facultad donde me he desempeñado como profesora de animación por 10 años. Recorrido lleno de altibajos y de preguntas, de pequeños vértigos cotidianos, que poco a poco se fueron convirtiendo en una nueva forma de estar, tanto en mi vida diaria como en mi vida académica. Todas estas particularidades de ser profesora-estudiante, de tomar materias con los que fueron mis estudiantes o con los que serían mis estudiantes de animación más adelante,

pasaron de la extrañeza, al juego. Un juego que a veces me divertía y a veces me ocasionaba resistencia, deseos de huir.

Este trabajo fue ocurriendo, se fue desarrollando a lo largo de casi dos años y estuvo apoyado todo el tiempo por los enriquecedores comentarios, y por la constante compañía de Ricardo Toledo a quien agradezco su tiempo y dedicación.

II. Si dibujara un paisaje



Si dibujara un paisaje de tu mundo, estaría conformado por tu trabajo en la oficina, las cartas que recibías de tus hermanas, tu llegada a casa al final de todas las tardes, tu dificultad

con las palabras, las fotografías, la soledad la ausencia, la delicadeza, y habría una enorme extensión que yo denominaría silencio. Ese silencio que me ha excluido siempre, enviándome ocultas señales muchas veces indescifrables. De ese paisaje emerge tu imagen de madre, arrullada por el silencio, dejando una huella en el vaivén de tu invisible mecedora. De allí surge este relato que intenta poner en palabras lo que ha sido concebido en imágenes.

Estoy aquí, sentada bajo los árboles, sintiendo este incesante calor, dispuesta a transpirar el sentimiento para decir lo que pretendo con mi corto de arena. Aunque a veces creo que estas imágenes no alcanzan a tener la intensidad y profundidad del sentimiento, son el único lugar posible al que puedo ir para encontrarte.

Es en este calor con su arrulladora tibieza, en medio de estas enormes hojas inundadas de verde, en donde te reconozco. Haber permanecido lejos de este secreto me hace saber lo alejadas que hemos estado. Pisar descalza, sentir las piedras que se clavan en los pies, distinguir lo húmedo, lo caliente, lo resbaladizo de lo seco y blando, me confirma que me he perdido de un gran trozo de tu vida. ¿Por qué tanta distancia? ¿Por qué te hundiste en el cemento y no me dejaste oír tu río? o ¿por qué fui incapaz de escucharlo? ¿Por qué tanto silencio?

Me vine a este lugar a sentir lo que imagino que añoras, lo que supongo que callas, lo que creo que sientes en tus largos días de vejez silenciosa.

Estoy acá porque tengo que invocar todos tus fantasmas, todas mis preguntas, para ser fluida y afirmar que esto que siento está muy lejos de ser clasificado, puesto en un lugar. Sin

embargo, acepté el "juego", no sin espanto, con el gran temor de traicionarte, de caer en el lugar común de los textos académicos para decir: "sí, siento", "sí, soy capaz de traer imágenes de algo que no tiene forma, algo no visto, no dicho y presentarlas".

Estoy aquí, para empujar de una buena vez lo que tengo que decir, en medio de estos pájaros que no se callan, que me seducen y aturden con su interminable canto. Algo así supongo que oías cuando eras niña, cuando corrías hacia ninguna parte, llena de alegrías y de curiosidad, acompañada por tu incipiente soledad.

Estoy aquí, escapándome del día a día que no me permite hacer una pausa para ver, para hacerme consciente de lo que siento. Este verde tan verde, este verde impenetrable, me exige

contemplarlo sin cansancio, me maravilla y me deja exhausta de tanta intensidad. Este verde suda olores estruendosos y me revela tu presencia, desde tu postura sentada, aún antes de conocerte.

Estoy aquí, no para enfrentar el enigma sin respuestas, sino para respirar, para vibrar con lo mínimo, para estarme quieta y tal vez en esta quietud acercarme a tu gran silencio.

El arroyo y su sonido, la persistente lluvia de pequeñas hojas amarillas caen al compás del suave viento que llega a mi piel y me sonrío. Ya está. Ya ocurrió. Quedó la imagen, ahora la suplanta otra: el mismo arroyo, los mismos árboles, el mismo viento cargado ahora de finos hilos de agua. Así mismo, las imágenes que hice, ya están, ahora pienso en ellas, ahora

intento descifrarlas, ¿Qué hay en ellas? ¿De que parte de ti hablan?

Vistas desde acá, estas imágenes parecen lejanas, sin embargo, no lo son, hay algo primordial en ellas: tienen un poco de esta brisa, de estas hojas que ven, de este incesante sonido que conforma un silencio, un silencio lleno de voces, de ruidos, de claves que podrían ser una pista para encontrarle sentido incluso a algo que no existe o por lo contrario, para afirmar que existen emociones y vivencias innombrables que ejercen sobre nosotros algo que nos deja perplejos, al punto que al tratar de escribirlo, se me confunden las palabras, no las encuentro.

¿Para qué escribir sobre algo que no tiene un lugar en el mundo de las palabras? "No tengo nada que decir y lo estoy diciendo"¹. Cuando intenté hacer una especie de biografía sobre ti, llegaron varios recuerdos, varios momentos restaurados en el presente. Pero se agotaron prontamente. Así que calmé la respiración para darle tiempo a la "revelación", al instante privilegiado que llegaría a indicarme por dónde seguir. Cuando estas remembranzas se agotaron, llegó el vacío, se acentuó la inquietud, el nerviosismo escondido se exacerbó, la imposibilidad de aquietar el alma permaneció.

Así que decidí: ¡no al control!, ¡no a la lógica de hacer las cosas!, ¡no al documento!, ¡no a la historia!. Solo la mano y la arena y el desasosiego palpitante, la mano temblorosa, insegura, pero fuerte y decidida a dejar fluir la inquietud, así fueron

¹ Decía John Cage para referirse a su experiencia con el Zen.

apareciendo estas imágenes con las que se empezó a formar mi relato sobre ti. El silencio no tiene relato, está ahí, es sólo eso. Pero yo hago un relato sobre alguien que está hecho de silencio, sobre mi madre silenciosa.

Estoy aquí. Esperé la noche, la esperé llena de estrellas y a cambio llegó una noche nublada, que apenas dejó vislumbrar un pequeño brillo de alguna estrella lejana. Pienso en tus noches, busco en esta noche a la niña que fuiste. Recuerdo la única foto en que apareces cuando eras niña: ojos ávidos, cuerpo nervioso, saltarín, inestable. Desde esta noche de lejanos destellos estelares trato de recordarte. Siento como si hubiera perdido la memoria y que de pronto aparecieran retazos de ti con el lejano brillo de las estrellas distantes.



Desde esta noche tibia y nublada, con el sonido de todos estos animales, imposibles de reconocer, vuelvo a recordar el momento en que casi te pierdo. Tu cuerpo desgonzado y la mirada ausente, el terror que sentí, aún me paraliza..

III -Aquello que no tiene forma de ser nombrado.

He venido a ver las nubes.
No tengo por qué creer que es temprano
Me he pasado la vida viendo caer las hojas de los
árboles
mientras espero en la ciudad vieja de Cartagena
de Indias
el brillo de las aguas.

Antes que la sombra dore el silencio
escucharé la voz de tus manos:
Busca tu lámpara usada en la oscuridad.
No busques otra luz que no sea tu laberinto.

A Esparkio Vega²

² Tatis Guerra, Gustavo. Evangelio del Viento. Antología. Universidad Externado de Colombia, Bogotá, Colombia. 2008

Un día, mi madre no respondía a las llamadas telefónicas, ni al timbre de la puerta. Así que hubo que forzar la chapa. Entré un poco aturdida y recorrí con un gran temor el penumbroso corredor que conducía a su habitación. Abrí la puerta y allí la encontré tirada en la cama a medio vestir. Me acerqué con dificultad, vi sus ojos cerrados y pensé que había muerto. Luego de un infinito instante, una tenue sonrisa me la devolvió. Este acontecimiento me suscitó una explosión interior; miles de recuerdos se agolparon en mi cabeza, la quietud se apoderó de mi cuerpo, no sabía qué hacer. Sentí que el tiempo se detenía mientras nuestras miradas se cruzaban.

Esa noche tuvimos que llevarla a un hospital. Ofreció toda la resistencia posible para que no la sacáramos de la casa, como si presintiera que ya no volvería. Esa noche descubrieron que había tenido un accidente cerebro vascular.

Ahora yo vivo en esta que fue su casa. Ella viene de vez en cuando, pero ya no la reconoce, no la recuerda. Tal vez, porque en este lugar se despidió para siempre de mi padre, pues acá murió. -Otro gesto que tengo marcado es ella levantando los brazos detrás de los señores de la funeraria que se lo llevaban en una horrible bolsa negra-.

Desde ese momento quise saber quién es en realidad mi madre, he querido describirla, acercarme, conversar con ella, pero sé de su dificultad con las palabras. Ella las busca y no las encuentra; hace un tiempo esto la mortificaba, pero con los años se ha dedicado a hacer un rápido repaso para ver si encuentra la palabra adecuada y al no hacerlo, un gesto de decepción la reemplaza, y luego se ríe, nos reímos y ella siente alivio. Por medio de sencillos gestos me relata su mundo: estirando los brazos, mueve la cabeza y jadea tratando de apresar las palabras

que se le desvanecen en el aire, para decirme que cuando era niña viajaba en pequeñas canoas a través del río Sinú: ¡moviendo los brazos como si estuviera remando!. Me conmueve también, cuando me dice: *"mira las nubes, qué bellas"*, y cuando me señala un animal amarillo, invisible a mis ojos.

No sé si esas frases son sus tácticas para probarme, y estar segura que estoy preparada para entrar en su mundo. Al no obtener una señal de mi parte que le confirme que estoy allí, sorprendida como ella con el animal amarillo, guarda silencio, y decide continuar mirando por la ventana, (aunque a veces no mire en realidad)

Tal vez su silencio es producto, no sólo de su accidente cerebral sino del hecho de venir del río y del mar. Haber crecido cerca de un río la hizo contemplativa y ensoñadora. La cadencia del río y luego del mar la acompañaron hasta que llegó

a una ciudad como Bogotá, fría y distante de su mundo. Tal vez, la cadencia de los murmullos del mar se fueron confundiendo con el trajín de los buses, con el clamor de los carros, con el tecleo de su máquina de escribir y así creó otro mar, otro río. Se refugió en un mundo donde se sentía más a gusto.

El silencio de mi madre tiene diferentes profundidades:

Una es su austeridad con las palabras. La decisión de no hablar más allá de lo "debido" en una conversación: horas en su compañía y de vez en cuando un dulce comentario que nos hacía pensar que nos comunicábamos.

Otra densa capa de silencio se fue formando con su dificultad para encontrar las palabras que designaran las cosas que quería nombrar y a cambio, surgieron los gestos que las remplazaron.

Dentro de esas profundidades existe otro silencio que me invade cuando quiero definirla y destacar sus particularidades, cuando quiero decir: *aquí está ella, aquí hay algo de ella.*

Y más allá, existe un gran silencio que no tiene correspondencia con el lenguaje de las palabras, ni de los gestos. Su gran silencio que no puedo nombrar, no por incapacidad sino porque en este territorio el silencio está hecho de algo insondable e indescriptible que me aturde y me inquieta. Es de este silencio al que me quiero referir.



¿Cómo fue gestándose su silencio?, ¿cómo se fueron apagando sus ilusiones -si las tenía- de que algo iba a cambiar?, ¿será que sus sueños fueron desapareciendo al mismo tiempo que las palabras o a medida que se fue resignando a la vida que decidió

llevar?. Hicimos una vida juntas, pero en realidad, durante un buen tiempo, no supimos quiénes éramos, incluso dudo de algunos recuerdos. Es como si las personas y las vivencias se hubieran convertido poco a poco en sombras, en presencias borrosas y lejanas. Sin embargo, quedan algunos indicios, algunos pequeños rastros que nos ayudan a identificar una vivencia importante como si estuvieran tatuados en el alma, *"los tatuajes anímicos que nuestras palabras básicas nos dictan y que marcan a fuego nuestras imágenes fundamentales; son los mismos tatuajes nerviosos que se han grabado en nosotros a modo de enlaces sensibles o canales existenciales. Son los engramas que nos marcan las señales de alarma y acción, repliegue y deseo"*³

³ Venir al mundo, venir al lenguaje. Lecciones de Frankfurt. PRE-TEXTOS. Valencia. 2006

Quiero representar o más bien presentar o señalar a una persona que no usa las palabras porque desde que la recuerdo siempre fue silenciosa. Yo, necesitada de palabras, la busqué y no pudo o no quiso decirlas. Me he preguntado por sus razones para no expresar sus emociones a través de las palabras y no defenderse cuando la han atacado, para no usar las palabras y dar su opinión. Le ha resultado mejor no decir mucho, decir sin hablar. No es la ausencia de palabras lo que produce su gran silencio, es una ausencia o un abismo quizás. Es lo irrepresentable, lo que el lenguaje no puede nombrar, y que se me hace necesario señalar. Tal vez su gran silencio sea una imagen inestable, inacabada, efímera.

¿Con qué relaciono ese silencio insondable?, ¿cómo lo reconozco?. El silencio no es la ausencia total del sonido, el silencio está lleno de ruidos, de murmullos, que logran

afirmarnos que son posibles otros mundos y nos brindan otras dimensiones para aproximarnos a la vida, ¿es posible una imagen del silencio, sin pretender darle un significado, solamente dejándola existir, experimentándola?

Es entonces el gran silencio de mi madre una imagen llena de "ruido", que se podría asociar con texturas, una suma de pequeños susurros, diálogos, aguaceros torrenciales, arrullos, gritos, ríos furibundos. (Es todo este torrente que conforma tu silencio). La imagen del silencio no es una imagen estática, sucede en el tiempo y en el espacio, no puedo delimitarla. No tiene comienzo, ni fin, simplemente sucede. Tiene profundidades, pliegues, superficies, capas que se arman y se dirigen en direcciones internas y externas. Es un eterno fluido y es por esto que no puedo tener una imagen estable, (una imagen que te capture).

Si su silencio no es ausencia, su imagen es posible, y si me acerco, tal vez, pueda apreciar las miles de otras imágenes que lo conforman, es otra manera de ser, de ocupar un lugar en el espacio y de construir un mundo.

Lo que ocurre es que me acostumbré, a no percibir esas otras, tal vez escondidas, formas de habitar, de estar con los otros. Por eso, tal vez, tengo que buscar en el verde, en el arroyo, en el sonido mínimo de una pequeña brisa, en un puñado de arena para encontrar a mi madre silenciosa, así se desdibuje al instante siguiente.

IV -El otro que se refleja

En el territorio del silencio que habita mi madre, aparece su doble reflejado en la ventana por la que se asoma al mundo. Es como si el silencio produjera un eco y se materializara en su reflejo. Allí se funden finas capas de realidad y de tiempo, como si fueran vibrantes ondas cargadas de varios momentos de su vida en los que habita simultáneamente.



Cómo traducir lo que supongo que ella crea con su doble translúcido y silencioso?. Ese lugar secreto en donde no necesita de las palabras para comunicarse o para sentirse acompañada.

Su reflejo ha sido su mas fiel compañía, la ha ayudado a sostenerse, ya que las palabras no han sido sus aliadas. Su

doble la recibe, y la lleva a refugiarse en unas profundidades misteriosas. Es un rapto que la salva del afuera, pero a cambio la aleja de mi mundo. Se va desvaneciendo, se va yendo hacia lugares desconocidos. El reflejo en la ventana la lleva al de las aguas de su río, allí se mira, se ríe con su imagen móvil y reconstruye su paisaje, vuelve a recostarse en el almendro del patio de la casa de su lejana Lorica, vuelve a sentir el verde, el olor de la tierra bañada por el sol. Aparecen sus hermanas, sus tías, las calles llenas de almacenes de telas que llevaron los libaneses, aparecen los sabores entrañables de sus comidas favoritas. Todo eso le brinda su discreto y borroso reflejo proyectado en la ventana cotidiana de su vida.

En otras ocasiones, cuando su reflejo no le hace eco al silencio, mi taciturna madre, crea un no lugar, un limbo, un lugar de paso, no logra estar en ninguna parte y entra a un territorio denso, inaccesible, que la vuelve hostil, le arranca

el deseo, la ilusión, le empantana el alma, la cabeza se le vuelve grande y pesada. No logra agarrarse de nada. Entonces se llena de nostalgia, se le fatiga la respiración, se le paralizan las piernas hasta desplomarse y así ha ido perdiendo los bríos para enfrentarse al mundo.

Aún no sé si lo que ha quedado plasmado en mi corto de arena es un intento por mostrar los contornos de lo irrepresentable, esas vivencias excepcionales que no sabemos cómo nombrar, pero que al haberlas vivido y sentido, sabemos que existen y les queremos hacer una seña para decir: ahí hubo algo, algo que me afectó o que me afecta; o si más bien quedaron impresas aquellas emociones que me marcaron y me dejaron sin palabras y sólo a través de las imágenes las pude nombrar.

V -Las imágenes revelan el secreto, pero no lo traicionan.

Tomé un puñado de arena y lo esparcí sobre el frío y lechoso vidrio, que dispersaba la luz de neón que lo iluminaba. Fui trazando tímidamente una línea, apaciguando el temor de equivocarse el camino que me condujera a ti. Poco a poco fui escrutando la arena para que me hablara de ti al contacto con mis manos, quería sustraer de ella lo que no sé de ti.

Sinuosas y alteradas formas fueron creando un lugar, conformando una presencia que cobraba vida gracias a la luz que venía de abajo, como si la imagen tomara vida al intentar esconderse de la luz. Esta presencia inestable, hecha de transparencias empezó a palpar. Cada línea trazaba un camino, una dirección, para poder afirmar o negar que en ellas había una pequeña esencia, una pequeña pista para llegar a ti.



Noches y noches buscándote, confundida, nerviosa y a la vez vibrante. Puñados de arena depositados en los extremos de la mesa para robarle luego unos granos a la gran masa para trazar un rostro, una ventana, pero no cualquier ventana, aquella que mostrara tu relación con el mundo, que te reflejara.

Presentimientos, recuerdos pero sobre todo el corazón palpitante guiando las manos, a veces con terrible desencanto y en otras ocasiones dibujando hermosas imágenes que no hablaban de ti. A veces ciertos movimientos torpes por mi afán de tocarte, de acariciarte, me hacían dudar si ese era el camino para nombrarte.

Establecí entonces unos callados acuerdos sin que lo supieras. Te pedí que enviaras alguna señal que me permitiera acercarme a ti en mis noches solitarias en las que intentaba extraer de aquella arena, (por la que tal vez, años atrás habías transitado en tus horas infantiles), tus huellas y me revelara el secreto. Era como tener una cita en otro espacio, en otra esfera. A veces no llegabas, quedaba sola y un enorme desasosiego tomaba el lugar de la creación.

En esas ocasiones sentí una terrible cercanía al personaje que compra la Biblia en el Libro de arena de Jorge Luis Borges. Hacía imágenes que se abrían y abrían y no lograba nada, no me decían nada, planos que quedaron solitarios, que no lograron encontrar un lugar en ese todo que se iba armando de una manera misteriosa. Sentí angustiosamente que estaba construyendo algo similar a ese libro terrible, sin comienzo ni fin, que me agotaba, pero sin embargo no podía dejar de mover los finos granos de arena para buscar esa imagen de tu silencio. Noches agobiantes, llenas de preguntas sin respuesta, llenas de dudas.

En el trayecto hacia ti, recorrí los mandalas que trazan los monjes budistas con arenas coloreadas, para crear simbólicas figuras, en los que tardan días y días para establecer una comunicación con el cosmos, los construyen guiados por algo innombrable, con la certeza de no llegar a ninguna parte, pero

intuyendo que esa es la intención: no hay un punto a dónde llegar. La intención es no tener intención.

También intenté aproximarme a ti detrás de una cámara. Eras otra cuando te veía a través del recuadro de la pantalla. Estas imágenes me revelaron gestos desconocidos. Un primer plano de tus ojos me hablaba de tu perplejidad ante el mundo, de tus calladas preguntas sobre este "ahora" que no comprendes, rodeada de gente extraña. Hice un registro de tu cuarto habitado tan sólo por alguno que otro objeto que te recuerda lejanamente que tuviste un hogar, una familia en la que tú eras la madre de tres hijas. Además de la imagen, el video capturó tu voz, tus pequeñas historias sobre el río, sobre la tía Juana, sobre el animal amarillo invisible para mi.



El video me reveló todo esto, pero fue con la arena que logré reconocer algo esencial. En esa construcción del cuadro a cuadro emergió lo desconocido, y fue, en las imágenes animadas, en donde descubrí las profundidades de tu silencio. Estas imágenes desordenadas, atemporales, indómitas en ciertos momentos, fueron las que me dijeron lo que ahora sé de ti, incluso que no hay respuesta a tantas insistentes preguntas.

Ahora sé que fueron necesarias todas esas noches de citas fallidas, de imágenes indefinidas, allí también había un mensaje que afirmaba que no había un camino directo. Aparecían zonas oscuras, pliegues profundos, que me llevaban a territorios confusos de los que no sabía cómo salir. Perdida en la densidad de las capas de arena, de pronto una pincelada liberaba la carga, y pequeñas veladuras despejaban el tortuoso esfuerzo por develar una imagen que correspondiera al laberinto de tus emociones. De la espesura de la niebla producida por mi aliento sobre un trozo de vidrio, fueron surgiendo evanescentes y fantasmales formas, ciertos gestos, ciertos movimientos que iba registrando uno a uno con mi cámara, que me afirmaban que allí había algo tuyo, que ese era el territorio de tu silencio. Era apenas un roce a la piel de tu silencio porque al instante siguiente ya se desvanecía.

El pequeño recuadro de la mesa de animación, se convirtió en el lugar de encuentro, de confesión, en el receptáculo de mis emociones que iba depositando en el secreto orden en que llegaban. Los trazos, que avanzaban lentamente, fueron dibujando la temporalidad del interior de tus días: presentes habitados por el pasado, pasados llenos de futuros y ansiados domingos para vernos.

La suma de todos esos instantes, se fue amalgamando y formó la animación, el movimiento, la imagen móvil de tu silencio. A través de la arena pude trazar el paisaje de tu gran silencio.



A medida que surgían los planos y se iban acomodando poco a poco, sentía que no lograban adaptarse del todo. Este tejido de imágenes con las que intentaba trazar tu paisaje empezaron a preguntar por un sonido, les hacía falta para poder fluir, para poder afirmar lo que eran. Así que necesité verlas una y otra vez, darles diferentes órdenes, anotar vacíos y desencuentros entre ellas. Pero, ¿cómo involucrar a alguien en esta aventura tan personal tan íntima?. Hice un intento por escucharte, tu respiración y sus miles de matices, tus preguntas, tu voz, y quise recordar tu música, ¿cuál era tu música? ¿cómo hablar con alguien del silencio de otro?, ¿cómo establecer una relación entre unas imágenes construidas de una manera tan poco lógica, tan desprendida de las convenciones?.

Si había podido hasta ese momento hablar con alguien más, ajeno a mi vida emocional, ¿por qué no lo podría hacer con otra persona para que me ayudara a encontrar el sonido que recogiera

tus vacíos, tus abismales silencios?. La música creó un puente, hizo más expresivas ciertas formas, sacó el ritmo interior de su oscuridad, me dejó escuchar el viento, el mar, el río, las hojas cayendo, pero sobre todo, me dejó escucharte. Creo que el sonido que surgió de la arena está conformado por tu aliento, por tu respiración; pausada y ronca, cariñosa y huidiza, como tu.

VI -Las márgenes del silencio

"En qué piensas Tulia".

Pregunta Cecilia

"En la Inmortalidad del cangrejo".

Responde Tulia

mientras desvía su mirada hacia la ventana.

Por muy lejos que sienta que he ido, creo que apenas llegué a las fronteras de ese paisaje dominado por tu gran silencio. Pequeños instantes en que sentí que logramos estar juntas, que me acerqué realmente a tu mundo, pero supe que las barreras, férreas y antiguas son más poderosas. El silencio es como la sal del mar, le da su sabor, su carácter, pero corroe también lo que no hace parte de su naturaleza, y al corroerlo, lo transforma.

Ya no soy la misma, ya no te miro de la misma manera. Me produces una gran ternura, al imaginarte tan sola en un mundo lleno de reglas, de hermanos mayores imponiéndote la vida, cuando imagino tus intentos de rebelarte, de huir de un destino inextricable. No dudo que nos parecemos, por eso todas mis decisiones han girado en torno a ser libre, a tomar mis propias determinaciones (si es que esto es posible), aún en las que he fracasado. Eso tampoco lo sabía.

En esos límites contemplé perpleja cómo se cumple una vida, cómo construiste grano a grano un mundo, lejos de la realidad compartida, el silencio como refugio y como maldición. Sentiste que podías estar tranquila, pero al instante siguiente te sorprendías porque el otro, afuera, no entendía, se confundía, nos confundíamos contigo. Tres mujeres a la expectativa,

esperando una guía, tres niñas, ávidas de tus comentarios, que cuando nos los transmitías no los sabíamos "leer".

No es fácil verte allí, en ese lugar que ya no es tu casa, en ese no lugar en el que te cuidan y de alguna manera te hacen la vida mejor, o eso es lo quiero creer.

VII -Bibliografía-Filmografía

Tatis Guerra, Gustavo. Evangelio del Viento. Antología. Universidad Externado de Colombia, Bogotá, Colombia. 2008

Borges, Jorge Luis. El libro de Arena. Alianza. 1997

Deleuze, Gilles. Rizoma (Introducción). Valencia, España : Pre-Textos, 1977 (reimpresión de 2008)

Deleuze, Gilles. El Pliegue. Leibniz y el Barroco. Paidós. Buenos Aires. 2005

Sloterdijk, Peter. Venir al mundo, venir al lenguaje. Lecciones de Frankfurt. PRE-TEXTOS. Valencia. 2006

Bachelard, Gaston. La intuición del Instante. Fondo de Cultura Económica. México. Segunda Reimpresión 2002

Deleuze Gilles. Estudios sobre cine Vol. 1. La imagen-tiempo. -- Vol. 2. La imagen-movimiento. Barcelona : Paidós, 1985.

Tarkovski, Andrei. Tiempo Impreso. Centro Universitario de Estudios Cinematográficos. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1993. Segunda edición: 2005

Cage, John. Silence / Lecture and writings by John Cage. Hanover: Wesleyan University Press, 1939

Kitson Clare. Yuri Norstein and Tale of Tales. An Animator's Journey. John Libbey Publishing. London 2005

Filmografía

Guerin, José Luis. Tren de Sombras. España. 1997

Norstein, Yuri. Tale of Tales. Unión Soviética. 1979

Kucia, Jerzy. Strojenie Instrumentow.(Afinando Instrumentos). Polonia. 2000

Quay Brothers. Street of Crocodiles. UK. 1986

Quay Brothers. Institute Benjamenta , or This Dream People Call Human Life. UK.1995

Herguera, Isabel. Âmar. España. 2010

Sokurov, Alexandr. Mat i Syn (Madre e Hijo). Rusia. 1997